

LAS PRIMERAS IDEAS

REVISTA QUINCENAL

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

3.ª ÉPOCA—AÑO III

MONTEVIDEO, AGOSTO 10 DE 1895

TOMO IV—N.º 14

REDACCIÓN

El nuevo local de la Universidad

No ha de ser substancia de este artículo tratar las inmensas ventajas materiales que reporta á la Universidad su cambio de local; eran tan evidentemente incómodas las anteriores instalaciones, tan mezquinas, que, aparte de encontrarse la Facultad de Preparatorios casi exenta de salones necesarios, la de Derecho reducidísima en su ubicación de la calle Uruguay, conjuntamente con la Facultad de Ingeniería, que ni podía utilizar los numerosos aparatos científicos adquiridos en Europa por el señor Monteverde, y que se enmohecían en los depósitos de Aduana; eran edificios toscos y poco aparentes para centros de educación de una significación tan importante como nuestra Universidad.

Aquel caserón, tétrico y sombrío, que nos habían deparado las autoridades superiores como sitio lóbrego de nuestros estudios, allá en las inmediaciones del cuartel de Bastarrica; esa otra casucha vetusta y sucia, donde funcionaban las aulas de Derecho é Ingeniería, eran indudablemente oscuros rincones que contrastaban sarcásticamente con la denominación de focos de luz y de ciencia con que se denominan vulgarmente á los centros universitarios.

No discutiremos tampoco las conveniencias pecuniarias más ó menos provechosas que pueda representar para el Estado esta instalación amplia y ventilada, que es sin duda alguna de las más notables que posee nuestra población; pero sí enumeraremos en breves palabras toda la trascendencia representativa que un local de esa naturaleza simboliza como manifestación de cultura y de adelanto intelectual.

La grandeza de los pueblos, es un dicho ya vulgar, se mide por el saber de sus hombres. Una nación puede disponer de encantadores halagos naturales, puede ser rica y fértil, productora y poderosa, pero jamás surgirá como grande entre el conjunto de las nacionalidades civilizadas si no posee entre sus ciudadanos muestras más ó menos brillantes de la ilustración y del talento.

Existen en cambio sociabilidades que pueden estar desprovistas de todas las riquezas que la naturaleza prodiga con arbitraria uniformidad, sociabilidades débiles; pero que la talla intelectual de sus prohombres las elevan al dintel de las más fuertes y exuberantes entre las dominantes agrupaciones.

En nuestro país, donde todos podemos ambicionar, por mérito de nuestro desarrollo intelectual, jamás por mérito de nuestra fuerza, debemos imponernos al juicio contemporáneo con las producciones de la labor fecunda y de la activa manifestación del saber para poner en evidencia nuestro valor en las luchas eficaces de la inteligencia y de la ciencia. En nuestro país debemos educar á lo Atenas, debemos educar el espíritu, único factor de nuestras posibles victorias; no es degradante para un pueblo, antes de lanzarse á aventuras peligrosas, poder exclamar con el gene-

ral antiguo: «pega, pero escucha», á otro pueblo rival, cuando exegéticas razones llevarén el convencimiento de la justicia y del derecho propio en las divergencias paradógicas que pueden engendrar el delirio pasional de patrioteros entusiasmos ó los febriles paroxismos de dignidades mal entendidas; no nos preocupemos como Esparta en aumentar nuestros músculos y en fortificar nuestros brazos. Si el destino, en su libro profético, nos tiene deparados grandes y gloriosos triunfos, no estarán indudablemente en el índice de los triunfos de sangre, sino en los menos tumultuosos pero más fecundos que consigue siempre el talento en las infinitas luchas al través de los siglos y de la historia.

Hasta ahora, como muestra de los aires espartanos en que viven los altos Poderes que nos rigen, tenemos solamente gallardos cuarteles y bélicos parques, que harían creer á los extranjeros que visitaran la capital de la patria uruguaya, estar en un centro de acción de quijotescas conquistas de guerra.

Ahora, como muestra de los aires atenienses más pacíficos que respira el mayor número de los ciudadanos sensatos que podrán regirnos en lo futuro, tenemos ya un local universitario que hará creer con convicción y con firmeza en las conquistas serias y fecundas del talento nacional.

A. G.

COLABORACIÓN

Crónica parisién

Al mar—Otra vez la bella Otero — La Academia francesa — Los modernos juegos olímpicos — La opera «Guernica» — Impuesto á los solterones — Miscelánea.

Como si el *Grand Prix* de París fuera el toque de retreta ó la señal de partida para las excursiones veraniegas, después de haber terminado la suprema prueba hípica, todo parisién de *chic* se dirige hacia las playas de su agrado para respirar el aire saturado del olor del marisco y de las algas.

En París no quedan más que los que no se van, pudiéramos decir, parodiando á Pero Grullo; pero no queremos exagerar tanto, y digamos que, sólo quedan en París aquellos que, riéndose de la moda, están seguros de encontrar aquí las mismas distracciones de otras partes, con la atenuante de ser más baratas.

Sin embargo, muchos hay que pertenecen á la categoría de *querer y no poder* y que pasean á diario los grandes *boulevards*, vestidos en traje de viaje, engañándose á sí mismos, al pretender engañar á los otros, haciéndonos ver que se hallan ya con el pie en el estribo.

¡ Necia ridiculez !

Bien es verdad que quien no se consuela...

* * *

La *bella Otero*, nuestra compatriota, va á dar más ruido que el noventa y tres de Francia.

No hace mucho tiempo que un arrogante joven, ciego de pasión amorosa, se suicidó por esa estrella de belleza. ¡Oh, las hermosas estrellas, y qué tristes son sus reflejos cuando alumbran un cadáver!

El asunto que nos mueve á escribir estas líneas, es de una índole muy diferente. Cuestión de *ingleses*.

La víctima es un gran modisto de París, con sucursal en Madrid, que vive en... pero, tente pluma, ya vas á caer en el reclamo gratuito.

La causa son unos malditos quinientos francos, resto no pagado de una factura, y para cuya efectividad, el modisto se presentó no hace muchos días en casa de la *diva*, sin lograr cobrar un céntimo siquiera.

El acreedor *montó en cólera*, como dicen por aquí, y tomando una botella de agua, sin duda para beber, se equivocó de copa, también sin duda, y proporcionó á la bella Otero una ducha tan inesperada como extemporánea.

Y la interfecta... pide ¡un franco por indemnización de daños y perjuicios!

¡Válgame Dios, qué poco valen los esplendores de una belleza cuando los tasa ella misma!

*
* *

Los grandes acontecimientos se suceden en la Academia francesa sin parecerse unos á otros.

Después de la recepción del español Heredia, el poeta de los *Trofeos* heroicos, las puertas académicas se han abierto de nuevo para dar paso á Paul Bourget, el poeta á la vez que novelista, de las gracias tan encantadoras como peligrosas del sexo femenino.

Naturalmente, bajo la cúpula del palacio Mazarín, se dieron cita los más preciosos ejemplares de la adorable mitad humana, que creían ir á escuchar de labios del nuevo elegido la historia de sus voluptuosos secretos íntimos.

Pero sufrieron una gran decepción; puesto que Paul Bourget, siguiendo la tradición académica, se limitó á hacer el elogio de su antecesor Maxime du Camp.

*
*
*

Los periódicos de París dedican una gran plaza en sus columnas al desarrollo del *sport* en todas sus manifestaciones.

Por esta razón, las carreras anuales de velocípedos que organiza el *Echo de París* entre los artistas de teatros, han alcanzado una boga especial, que les da por derecho propio un puesto de honor entre las distracciones parisién conocidas con el sobrenombre de «indispensables». La celebrada el domingo último ha sido la más interesante de la temporada; pues á ella asistieron artistas tan reputados como Coquelín, ya conocido del público español.

Le Journal organiza un concurso universal de todos los medios de locomoción, desde el más antiguo (andar á pie) hasta el más moderno (los coches automóviles), sin olvidar la bicicleta, los barcos, los carricoches de mano, los zancos y hasta los globos.

Esta será una carrera de gran resonancia, de cuyos resultados pondremos al corriente á nuestros lectores.

*
*
*

Como novedad teatral que tenga interés para nosotros, citaremos el estreno de *Guernica*, en la Ópera Cómica, letra de Vidal y Cheuse, música de Galhiard, recibida con verdadero entusiasmo por el público parisién.

La obra ha sido concebida y escrita en el mismo teatro de su acción, acaso bajo la sombra del árbol sagrado, símbolo de las libertades eúskaras, y por toda ella se ve serpentear el *Guernikako arbola*, que tan fuerte sonó hace dos ó tres años.

Un episodio de la última guerra carlista da motivo para que un público selecto é inteligente aplauda sin reservas el talento de los autores.

* * *

Para terminar, indiquemos á los Gobiernos económicos un medio de tapar algún agujero de la gigantesca espumadera llamada el presupuesto.

Un Diputado francés ha propuesto á la Cámara un proyecto de ley sobre la contribución á los solteros mayores de 35 años.

Pero lo peor del caso es, que dicho Diputado dobla casi los 35 y es solterón hasta las uñas.

¡Buen medio para recoger algunos céntimos; pero que el Diputado proponente dé el ejemplo!

Que sea casado, por lo menos en segundas nupcias.

* * *

Calino es un hombre distraído como hay pocos. El otro día, la señora de un amigo suyo, le decía que nunca había tenido hijos. Y aquí de las distracciones de Calino.

— Y su señora madre, ¿tuvo hijos?

— ¡Cómo, caballero! — responde la dama.

— Pues claro, su esterilidad pudiera ser un defecto de familia. Es la moda.

Antonio Ambroa.

La reforma religiosa

(Conclusión)

Contrajo relaciones con Farel, predicador que ejercía una gran influencia en Ginebra, y pasó á esta ciudad. (1) Dominaban en ella dos partidos: el de los amigos del duque de Saboya, y el de los Hugonotes ó Confederados: Calvino llega á hacerse el predicador de éstos; impone sus ideas, y se hace, por medio de la autoridad religiosa, el jefe de la República.

Calvino sacó las últimas consecuencias de las doctrinas luteranas. Él llevó, dice Ducoudray, la doctrina de la gracia y de la *justificación por la fe* hasta la *predestinación*, la del *libre examen* hasta la independencia de la interpretación individual y la destrucción de toda autoridad religiosa, simplificando aún el dogma y el culto, rechazando los sacramentos conservados por Lutero, negando la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; redució el culto cristiano á reuniones piadosas bajo la presidencia de *pastores*, venerados sin duda, pero que no habían recibido ninguna distinción particular.

(1) Recientemente libertada de la dominación de los duques de Saboya y de los obispos.

La religión de Calvino, toda interior y espiritual, fué la última palabra de la reacción contra la tendencia del cristianismo de la Edad Media que había materializado la fe. La simple organización de su Iglesia pareció también una reacción contra la jerarquía social establecida en Europa, y su doctrina igualitaria que agradó á las poblaciones libres de la Suiza, á las ciudades comerciantes de la Holanda y á una parte de la burguesía y de la nobleza de Francia, impacientes del yugo feudal, fué el primer paso hacia el restablecimiento de la igualdad social.

El espíritu de la reforma de Calvino, era un espíritu igualitario y republicano. El libre examen aplicado á los dogmas religiosos, no podía dejar de ser aplicable á las teorías políticas, hasta entonces absolutas como dogmas. La reforma calvinista hacía presagiar el espíritu filosófico del siglo XVIII, que inspiró á los jefes de la Revolución Francesa.

Sin embargo, Calvino, que se esforzó en mantener con un vigor extremo la unidad de su doctrina, no pudo impedir que su principio concluyera en el fraccionamiento infinito de las sectas protestantes. Estas sectas se multiplicaron, y ninguna iglesia se fraccionó en más iglesias variadas según el carácter de los pueblos y de los individuos. El libre examen tuvo por consecuencia directa el excepticismo, el racionalismo y también el ateísmo; consecuencia que hubiese singularmente afligido al creyente austero y rígido que hizo de Ginebra una especie de convento, si hubiese podido entrever en el porvenir los progresos de las doctrinas materialistas, hostiles á la fe protestante lo mismo que á la fe católica. (Ducoudray).

Guizot dice á propósito de Calvino: Lutero vino para

destruir, Calvino para fundar; éste fué el hombre de esa segunda época de todas las grandes revoluciones sociales, donde después de haber conquistado por la guerra el terreno que debe pertenecerles, trabajan para establecerse allí por la paz según los principios que convienen á su naturaleza.

Calvino, dice Laurent, hizo dudar de todas las verdades religiosas enseñando el dogma de la predestinación en todo su rigor con las espantosas consecuencias que de él se deducen. La humanidad retrocedió con horror ante una creencia que hace de Dios un tirano implacable.

A pesar de la opinión de Guizot, encuentro el carácter de Calvino menos pacífico y mucho más duro que el de Lutero. *El reformador francés*, después de haber invocado para él mismo la libertad de pensar, que considero la primera y más inviolable de las libertades del hombre, se pronunció contra ellas con tanta violencia como los doctores más exclusivos del catolicismo. Así vemos que Jerónimo Bolsec por haber adoptado las ideas de Pelagio, Castaillón por haber querido disputar con él, Okin y Blandrata, son desterrados; Ami Perrin escapa á la muerte huyendo; Bertellier, Gruet y otros muchos son enviados al suplicio, siendo Servet su víctima más célebre.

Hemos hablado de la reforma en Alemania y Suiza, personificándola en Lutero, Calvino y Zuínglio; para conservar la unidad del tema, diremos cuatro palabras sobre la reforma en Suecia, Dinamarca é Inglaterra.

De 1527 á 1529 es establecida en Suecia la reforma luterana por el joven Rey Gustavo Wassa, que supo anular el poder del clero unido al Rey de Dinamarca,

favoreciendo la predicación de dicha reforma. Gustavo Wassa respetó sin embargo la antigua jerarquía, que no lo molestó más desde que hubo aceptado su preponderancia y una parte de la liturgia para no interrumpir los hábitos populares. La doctrina fué luterana, pero el culto, aunque simplificado, recordó el culto católico.

Federico II y Cristian III, establecen la reforma en Dinamarca de una manera más radical, que reemplazó los Obispos por *Superintendentes* que ya carecieron de la influencia moral y política de los antiguos jefes de la iglesia.

En Inglaterra, Enrique VIII había refutado en un principio las doctrinas luteranas, por lo cual fué llamado el Defensor de la Fe, pero en 1533 se separó de la Iglesia Católica proclamándose *jefe y protector de la iglesia de Inglaterra*. Explotó en su favor la aversión que los ingleses tenían respecto del Papado, demasiado exigente por el Dinero de San Pedro. A pesar de esto, Enrique VIII no logró, sino mediante el terror, establecer su despotismo religioso y político. Las víctimas se contaron por millares en Inglaterra, y las crueldades de Enrique VIII recordaron á las de los peores Emperadores romanos.

Pero las doctrinas luteranas, atacadas lo mismo que las doctrinas católicas por el Rey que se separaba de la iglesia sin querer declararse protestante, no habían dejado de hacer grandes progresos y presidieron bajo Eduardo VI é Isabel á la reorganización de la Iglesia Anglicana. Protestante por su dogma y la simplicidad de su culto, esta iglesia fué, á semejanza de la iglesia sueca, jerarquizada y gobernada por Obispos, y conservó en su liturgia ora-

ciones iguales á la de la liturgia católica. Sobre todo la religión se convirtió en religión de Estado, empleada para justificar el absolutismo de los Tudores y después el de los Estuardos.

Vemos, pues, durante algún tiempo, retroceder al catolicismo, pero bien pronto adquiere nueva confianza, fija sus dogmas en el Concilio de Trento, siente la necesidad de retemplarse en el estudio y en la austeridad, agrupándose alrededor de su jefe, cuya autoridad es desde luego incontestable.

Al mismo tiempo, se crea una nueva orden religiosa para combatir las doctrinas protestantes, una orden siempre mezclada con el mundo, que trata de instruir á los niños y más tarde de dirigir á los soberanos, sometida de la manera más absoluta á las voluntades del Papa y que oponía á los deseos de independencia de la Europa, el espectáculo de obediencia más completa. Era ésta la *orden de los Jesuitas*, que después de haber prestado, por el celo de sus misioneros y la ciencia de sus profesores, grandes servicios á la religión, tuvo la ambición de apoderarse de la dirección del mundo. El catolicismo se levantaba, pues. Desgraciadamente, no se contentó con las armas morales y atacó la heregía con las armas materiales. Entonces comienza el gran drama de las *guerras de religión*, bien triste para la humanidad.

III

EFECTOS DE LA REFORMA

Su influencia sobre la política, sobre el movimiento económico é intelectual

a) La política experimentó un cambio notable con el advenimiento de la reforma. Las potencias protestantes se ligarán para equilibrar á las potencias católicas, y desde entonces será necesario renunciar á imponer en la Europa la unidad política, convertida en una quimera, después que la unidad religiosa estaba rota. Como sabemos, las animosidades religiosas hicieron más encarnizadas las rivalidades políticas, y causaron también grandes disturbios en el siglo XVII. La reforma excitó en los Países Bajos el espíritu nacional y agregó á la lista de los Estados la República de las Siete Provincias Unidas, que debían ejercer más tarde un papel importante por su poder marítimo.

b) La revolución religiosa se relaciona también con la económica. En los países protestantes la disminución de los días feriados aumentó los de trabajo, como la supresión de los conventos aumentó el número de trabajadores. La producción fué mayor, y por consiguiente se abarataron los productos, siendo ésta una de las razones que explican la superioridad industrial y comercial de los países protestantes sobre los que permanecieron severamente católicos como Italia, España, Baviera y Austria, como lo dice Macaulay en su introducción á la historia de Inglaterra.

c) El protestantismo, que no fué muy favorable á la libertad individual en aquellos países en que la autoridad espiritual fué sometida á la autoridad temporal, podía haber favorecido más de lo que lo hizo el desarrollo intelectual. Todas las inteligencias de Alemania, dice Duruy, se inclinaron á la teología, abandonaron las letras para no ocuparse más que en cuestiones pueriles, porque eran inextricables; como si de repente hubieran vuelto á los tiempos de la escolástica. De aquí resultó la muerte del renacimiento: pintores y poetas desaparecieron ante los furros iconoclastas de los unos y los arrebatos teológicos de los otros, pero en cambio pulularon los *adiaforistas*, los *sinergistas*, los *accidentarios*, los *substancialistas*, los *cripto-calvinistas*, dando todos ellos el espectáculo de unos hombres que querían arreglar las cosas del cielo, medir el poder de Dios, determinar su acción y redactar sus decretos, teniendo sin cesar en la boca palabras de odio y de muerte, cuando hablaban de *Aquel* que ha sembrado en todo el mundo la vida y el amor.

Curioso es observar que el gran trabajo de la civilización moderna, cortado en los países donde llegaron á su más completa expresión las dos doctrinas contrarias, se continuó en el aquél que, rechazando á un tiempo á Lutero y á la inquisición, proclamó ya en el siglo VI, por dos de sus grandes hombres, L'Hôpital y Enrique IV, la necesidad de la tolerancia religiosa.

CONCLUSIÓN

El protestantismo y el catolicismo se hicieron guerra á muerte; hoy, gracias al adelanto de la civili-

zación, los ánimos se han calmado, y los católicos moderados alimentan la esperanza de que la revolución que ha hecho separar de la Iglesia á *sus hermanos* los protestantes, tendrá término. Los crímenes cometidos con ocasión de la reforma no son una razón para reprocharla, como no lo son los cometidos en nombre de la Revolución Francesa para condenarla. Tanto una como otra religión reprochan absolutamente esos terribles excesos en que la razón humana se extravía tan lastimosamente, y que tan lejos están de conformarse con el verdadero espíritu cristiano, todo dulzura, todo abnegación, todo bondad. Todos esos deplorables errores cometidos por una y otra parte, tienen su origen en la imperfección humana y no en el fondo de las doctrinas; si entráis en un templo protestante, oiréis también aconsejar la práctica de la virtud, se os exhortará á cumplir con las máximas cristianas del mismo modo que en una iglesia católica. Es esto lo que hace decir á Montaigne que no valga la pena hacer una revolución por los pocos dogmas que separan á los católicos y á los protestantes. Esta apreciación, dice Laurent, es en el fondo la de todos los libres pensadores, implica el deseo y la esperanza de una revolución más radical, que para unos sería el racionalismo filosófico, para otros la armonía de la razón y de la fe. (Dicha revolución era imposible en el siglo XVI y lo es aún en el siglo XIX).

Por otra parte, ha habido grandes hombres, sabios eminentes, genios incomparables, que han encontrado argumentos y razones para defender, ya á la una, ya á la otra, y hasta para creer en la posibilidad de la conciliación de ambas doctrinas. Prueba

de esto son las contestaciones que mediaron entre el abate luterano Molano y Cristóbal, Obispo de Fyna, y para que no faltase un monumento del carácter grave que había tomado tan importante conciliación, se conserva aún la correspondencia motivada por este asunto, entre dos hombres de los más insignes que se contaban en Europa en ambas comuniones: Bossuet y Leibnitz. Si bien no puede culparse *á la religión* las consecuencias terribles de las guerras que se apellidan con su nombre, porque ella las reprueba, hay que constatar que tuvieron por origen la Reforma, y en consecuencia, me parece lógico admitir que si la Reforma ha traído grandes adelantos, ha encerrado un gran mal: el de haber venido demasiado tarde.

J. P. y O.

Las narices de Paquito

Paquito estaba en la inquieta edad de las ilusiones.

Era tan *mono* que se podría asegurar, con la justa aprobación *estética* de cualquier catedrático de la literatura, que su cara era el desmentido más fiel del severo epíteto con que se adorna el sexo á que pertenecemos los que tenemos la desgracia de usar pantalones.

Tenía veinte años y se mudaba de calcetines casi todos los días.

Don Paco y doña Paca, padres de Paquito, se transportaban al *quinto* piso del cielo, cuando sus amigos ensalzaban la belleza de su único vástago y les regalaban los oídos con frases como estas :

« Paquito es el *non plus ultra* de la hermosura masculina ». « ¿Por qué no visten de mujer á Paquito y se lo llevan á Dolce para disputarse el primer puesto entre tantas beldades? » « Ah! quien pudiera ser Paquito para lucir ese rostro encantador, esa figura ideal! »

El que decía esta última frase *elegiaca* era un inspector de caños maestros, que tenía simpatías en la ciudad y tubérculos en los pulmones. A consecuencia de su apego al cumplimiento del deber, se había visto forzado á entregar sus narices en manos de un cirujano, que, fiel al mandato de la ciencia, le sacó una rebanada al aparato nasal, determinando en el paciente la insensibilidad para los olores y la economía del pañuelo.

¡ Bemoles! Yo, por no verme sin el apéndice más querido de mi cara, sería capaz de quedarme con todos los pañuelos que tienen en sus tiendas Amy y Henderson y el mercachifle del Peñarol. Se entiende que teniendo con qué comprarlos.

Volvamos á Paquito.

Era en realidad muy raro, que ese fruto de los dos seres más esópicos de la creación, fuera tan vecino al sexo bello (por su hermosura: ¡ fuera comentarios!)

Porque, estudiando á los papases, papás ó *papaes*, ó como disponga la Real Academia Española, nos hubiéramos encontrado con los siguientes tipos, modelos de *orangutanismo humano*:

Don Paco Guardamontes y Alcahuciles, hombre de cuarenta y seis años de edad y de fenomenal barriga. Su cara, por lo imperfecta, parecía decir al que lo miraba: ¡ creed en Darwin!

Nariz de veinte centímetros, poco más ó menos,

con la apariencia de miriñaque de locomotora, y con el vivo color de remolacha adolescente, no se sabe si por el abuso de los alcoholes, ó por la mucha tinctura de iodo con que se untaba la espalda un cuñado de su cocinera que padecía de sonambulismo.

Ojos como *ojales* de levita de ceremonia, con pestañas que brillaban por su ausencia y cejas que... por su ausencia brillaban. Orejas... no hablo nada de las orejas, porque al hacerlo me echaría tierra encima. ¡Las mías parecen postigos abiertos!

Su señora, doña Paca Escorbuto de Guardamonte y Alcahuciles, reunía á todas las imperfecciones del rostro de don Paco, trece tumores inmensos, diseminados con simetría por el terreno *granítico* de su cara. Por el contrario de su marido, doña Paca era un álamo con polleras, y su precaución, por esa causa, la llevaba hasta el extremo de *quedarse en casa* los días de viento, por miedo de encontrarse en el campanario de la Matriz después de algún pampero.

Con unos padres como estos, estaba de más aquel refrán: *De tal palo tal astilla*, aplicado á Paquito.

Y lo más curioso era, que esta beldad con pantalones, se daba el elevado rango que le correspondía por su hermosura.

Con decir que varias veces se disgustó con los redactores de *El Herald*, porque no le dedicaban frases galantes cuando hablaban de su presencia en los salones de la sociedad!...

—«Sí, le decía á un amigo que duerme en el vestíbulo del Mercado Central, aún no he vuelto *en sí* del desmayo que me produjo la frialdad del lenguaje *periodistical* de *El Herald*.

« Mira tú que decir á secas que en la *soirée* que dió la otra mañana el doctor Zapallera, estaba « entre los representantes del sexo feo el joven Guardamonte y Alcahuciles, etc., etc. »

« Por cierto que yo me indigné ante ese atentado contra el buen gusto... Ah! ten por seguro, que un periodista amante de la estética social, me hubiera dedicado unas cuantas *metáforas* aludiendo á mis bellas cualidades físicas y al *chic* excepcional que poseo para todo lo que se relaciona con el *savoir faire* aristocrático de la gente bien educada en sociedad. »

Y así como estas eran las quejas que hacía públicas Paquito, con el propósito de enaltecerse y de colocarse, sin fraude, en el sillón presidencial de la belleza.

Para él no había mujer alguna que pudiera llegar á su *incommensurable* altura.

Y, sin embargo, muchas veces salta de su casa, sin oír las súplicas de sus padres y mascando un pedazo de bife á la milanesa, por ver si hallaba á la que debía cargar con el peso de sus dos apellidos.

Cuando verificaba esta operación, iba mirando por ventanas y balcones, sin darse la menor cuenta de lo que pasaba á su alrededor, tal era su *chifladura*.

Una mañana, después del cotidiano baño en agua de rosas, salió á inspeccionar *mansiones, recintos-y moradas*, y creyó haber encontrado lo que tanto buscaba.

En un balcón de una casa muy linda, con vistas á un estudio de abogado y una fábrica de embutidos de chanco, estaba tomando el fresco una niña que, á decir verdad, aún no debía tener treinta años, por-

que, según averiguó el mismo Paquito, tenía diez y nueve.

La primera impresión fué mucho mejor que la que presentan á los suscriptores algunos *organillos* de la prensa.

Paquito le dirigió un millar de visuales amorosas: ella le pagó con otro tanto.

Ese día almorzó, durmió la siesta y cenó en una fonda que había en la esquina de la casa del capitán de infantería don Cirilo Cortafierro, padre de la dragona de Paquito, la romántica Pasionaria, y de Restituto, joven abogado que tiene una plantación de papas en Las Piedras en sociedad con un napolitano lleno de hijos y de berrugas malignas.

El corazón de Paquito estaba flechado.

Cupido, ese ángel ciego, que nunca ha querido ser cliente de Ísola ó de Salteráin, por temor de que le devolvieran la vista, había hecho del joven una nueva víctima de su inocencia.

Y no había más. Paquito quería visitarla *sobre tablas*... ó sobre alfombras, ó sobre lo que fuese.

Dicho y hecho. La noche siguiente, después de haber cenado en la misma fonda de la esquina, cobró ánimo y algunos pesos que le debía un pensionista del fondero, y se presentó en la casa del Capitán.

Al ver el porte distinguido de Paquito, la familia Cortafierro lo recibió con mucha amabilidad, convidándolo con *legítima* caña del Paraguay y croquetas de papas, que el dragón encontró exquisitas por el hecho de haber sido servidas por Pasionaria.

De conversación en conversación, llegó Paquito al objeto de su visita.

Iba á empezar su discurso; pero... ¡siempre un

pero destruye una felicidad! en el mismo momento en que pronunciaba el nombre de Pasionaria, sujeto de la oración que debía manifestar sus intenciones, entró á la sala una niña de dos á tres años que, subiéndose á las faldas de la dragona de Paquito, empezó á hacerle caricias, diciéndole:

— ¡Mamita! ¡mamita querida!

Aquí la turbación de Paquito fué inmensa.

No atinaba á pronunciar una palabra.

¡Su dragona, la que lo había obligado á comer en una fonda dos días seguidos, tan sólo por tener oportunidad de verla, tenía una hija de dos años!

Algo repuesto, preguntó á Pasionaria:

— ¿Es suya esta hermosura?

— Sí, señor, le contestó; presentándole á Cirilita, que recibió en la frente un *sonoro y ardiente beso* del que, por un poco más, pide la mano de su mamá.

— ¡Es un ángel!... ¿y su esposo de usted?

— Es un ángel también... pero de nombre. Casualmente acaba de llegar.

Efectivamente, entró á la sala el padre de Cirilita haciendo una cortesía á Paquito, que se apresuró á decir, para ahuyentar de la *azotea* del marido de Pasionaria cualquier escarabajeo de celos:

— Conocedor de los sentimientos humanitarios que animan á ustedes, he venido á solicitar su valioso concurso para la obra de caridad que va á llevarse á cabo en estos días, suministrando á un conocido inspector de caños maestros... (un paréntesis: todos los oyentes se tapan las narices) los fondos necesarios para hacerse venir de París una nariz postiza.

— ¿Entonces ese señor no huele? interrumpió don Cirilo.

—Desgraciadamente no, repuso Paquito. Habiendo perdido su órgano nasivo por una enfermedad crónica que se le manifestó hace algunas semanas, para él están de más los lentes y la esencia de Chipre. ¡Pobre amigo! la cicatriz de su herida parece el cráter de un volcán.

El final de esta conversación fué que, debido á la crisis que atravesaba *por el jefe* á la familia Cortafierro, no prestó el Capitán su *óvalo* para obras de caridad, pues estaba ahorrando algunos vintenes para comprarle á su señora un par de guantes de hilo de Escocia en el día de su santo.

Esta declaración le vino de perilla á Paquito.

Tomó su sombrero, y pidiendo mil disculpas á la familia de su *dragona*, bajó las escaleras y salió á la calle comiendo una croqueta de las que le había dado Pasionaria.

¡Estoy salvado! decía cuando caminaba en dirección á su casa. Si no hubiera venido Cirilita á hacer caricias á su mamá, ¡sabe Dios cómo me hubiera resultado mi petición! A esta fecha estaba sin dientes.

Y pensando de este modo, llegó á su casa. Se acostó á dormir, y soñó que el marido de Pasionario, *sediento de sangre*, andaba buscándolo para *disfuntiarlo*, porque le habían dicho que el objeto de su visita era robar á su señora.

Al día siguiente, temiendo que fuera cierto aquello de que «sueños son realidades», no se atrevió á pasar por la casa del Capitán Cortafierro, temiendo que le *cortaran* el hilo *de cose* de su existencia.

Pero no desmayó en su propósito, y siguió buscando nuera para sus padres.

Ese día no comió en ninguna fonda. Tres veces

que lo había hecho le eran suficientes. No le agradaban esas demostraciones de democracia.

Ya estaba anocheciendo, y Paquito, fiel á su resolución, continuó en su *honroso* trabajo.

Estaba contemplando otro balcón muy lindo, pero sin vistas á fábricas de salchichones y morcillas, creyendo una beldad... sin nenitas de dos años, cuando de repente dió un grito de dolor, llamando la atención de los transeuntes.

¡Pobre Paquito! Se había caído á una excavación practicada para el arreglo de caños maestros.

En el fondo había chocado su hermoso rostro con un trozo de caño que le hundió las narices y lo dejó hecho un *eccehomo*.

Unos brazos potentes lo sacaron del pozo, y cuando recobró el sentido y seis reales que se le habían extraviado con el golpe, se encontró, cara á cara, con el inspector sin narices.

¡Cómo habría quedado Paquito, cuando el inspector, aquel envidioso admirador de su belleza, exclamó asombrado:

— ¡Qué horror! ¡Cómo le han puesto esa cara los caños *profesores*! Agregando en voz baja: Ya no es el mismo Paquito. La desgracia de mi amigo me consuela en algo, pues... miren que no es poca alegría para mí poder decir: ¡hay alguien más horrible que yo!... Que es un verdadero colmo.

.....

Paquito corrió la misma suerte del inspector.

Su nariz quedó hecha pedazos en el bisturí del cirujano.

Entró en convalecencia, y... ¿quieren creer que no

ha escarmentado, y que anda por esas calles con una especie de telón negro que cubre los cimientos de las que en vida se llamaron narices, buscando una mujer para darle su nombre ?

¡Desgraciado ! ¡ Todavía no ha podido encontrar !
Ni siquiera . . . ¡ tomarle el olor !

Alfredo Varzi.

CRÓNICA UNIVERSITARIA

Tenemos en el seno de nuestra Universidad al sabio profesor Sanarelli, que el Gobierno ha contratado y puesto al frente del Instituto Bacteriológico, á pedido de las autoridades universitarias.

Tal adquisición importa la iniciación de un movimiento científico en nuestra República, que debe ser alentado y dará magníficos resultados en el porvenir.

Creemos que por primera vez nuestro H. Consejo Universitario, solicita el concurso de un hombre de ciencia de fuera del país, para darle la dirección de una cátedra.

Tal sistema, mejor que ningún otro, contribuirá á formar un cuerpo de profesores nacionales, que podrán llevar á cabo estudios serios sobre distintas cuestiones de oportunidad, reflejando sobre la República nuevos brillos con las manifestaciones del pensamiento científico contemporáneo.

Nos congratulamos en saludar al distinguido bacteriólogo doctor Sanarelli, deseándole grata permanencia entre nosotros.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO

NÚMERO I

	<u>Páginas</u>
Nuestros Propósitos, por la Redacción — — — — —	1
Nuevo Método de rancés, por J. P. Lengoust — — — — —	3
La Universidad, «Su origen y fundación» 1843-1849, por Mariano C. Berro — — — — —	11
La Revolución de Mayo y la reacción de Montevideo en 1810, por Fausto Veiga — — — — —	18

NÚMERO II

Artigas y el gaucho uruguayo, por Mariano C. Berro — — — — —	25
La Revolución de Mayo y la reacción de Montevideo en 1810, por Fausto Veiga — — — — —	28
Lecciones de Geografía, por A. Benedetti — — — — —	35
Sección Científica, por Angel Carlos Maggiolo — — — — —	44
Crónica Universitaria — — — — —	46

NÚMERO III

Cosas de aquí... y de otros países, por M. C. Berro — — — — —	49
Nuestro deber, por Antonio Cabral — — — — —	51
Ligeras consideraciones históricas, por Fausto Veiga — — — — —	56
Lecciones de Geografía, por A. Benedetti — — — — —	61
Crónica Universitaria — — — — —	65

NÚMERO IV

Aniversario patrio, por Domingo Veracierto — — — — —	71
El Ateneo, por Jacobo D. Varela — — — — —	75
Apuntes de Teoría Literaria, por Emilio Barbaroux — — — — —	77
Lecciones de Geografía, por A. Benedetti — — — — —	81

	Páginas
La historia natural en el período moderno, por Justo Calcinaridi	85
Crónica Universitaria — — — — — — — — — —	89

NÚMERO V

Animo, por Emilio Barbaroux — — — — — — — — — —	97
De mi tierra «El Hum», por Mariano C. Berro — — — — — — — — — —	99
Apuntes de Teoría Literaria, por E. Barbaroux — — — — — — — — — —	102
Soneto «La Noche», por Baldomero Cuenca — — — — — — — — — —	123
Crónica Universitaria — — — — — — — — — —	124

NÚMERO VI

Cuestiones sociales, por Antonio Cabral — — — — — — — — — —	125
Novelistas Naturalistas, por Alberto Guani — — — — — — — — — —	129
Apuntes de Teoría Literaria, por E. Barbaroux — — — — — — — — — —	133
Lecciones de Geografía, por A. Benedetti — — — — — — — — — —	145
En un Álbum (poesía), por Guzmán Papini y Zas — — — — — — — — — —	148

NÚMERO VII

Progreso é Inmovilidad, por Fausto Veiga — — — — — — — — — —	149
Apuntes sobre la bolilla L. del Programa de Física, por Emilio Barbaroux — — — — — — — — — —	154
Lecciones de Geografía, por A. Benedetti — — — — — — — — — —	167
La historia natural en el período moderno, por Justo Calcinaridi.	160
Crónica Universitaria — — — — — — — — — —	171

NÚMERO VIII

Nos inutilizamos, por Mariano C. Berro — — — — — — — — — —	173
Apuntes de Teoría Literaria — — — — — — — — — —	177
La historia natural en el período moderno, por Justo Calcinaridi—	192
Crónica Universitaria — — — — — — — — — —	194

NÚMERO IX

Nuestros plácemes, por Fausto Veiga — — — — — — — — — —	197
¿Libertad ó licencia?, por Luis D. Destéffanis— — — — — — — — — —	201
Ultra (poesía), por Alberto Guani— — — — — — — — — —	203
La Historia Natural en el período moderno, por Justo Calcinaridi—	207
Crónica Universitaria— — — — — — — — — —	213

NÚMERO X

	Páginas
Chile y la Argentina, por Alberto Guaní — — — — —	221
Historia Nacional, por Mariano C. Berro — — — — —	224
Cuadros y paisajes, por « Hip » — — — — —	231
Apuntes de Teoría Literaria, por E. Barbaroux — — — — —	232
La Historia Natural en el período moderno, por Justo Calcinardi—	235
Crónica Universitaria — — — — —	242

NÚMERO XI

Las fiestas del trabajo, por Antonio Cabral— — — — —	245
Reformas, textos y programas, por E. Barbaroux — — — — —	249
Una página, por Jacobo D. Varela— — — — —	255
Cuadros y paisajes, por « Hip »— — — — —	257
Una carta de Teodoro Mommsen— — — — —	259
El ajenjo (poesía), por Justo A. Facio— — — — —	261
Crónica Universitaria— — — — —	264

NÚMERO XII

La revolución cubana, por Alberto Guaní— — — — —	269
Cuadros y paisajes, por « Hip »— — — — —	272
Apuntes de Teoría Literaria, por Julius— — — — —	273
La reforma religiosa, por J. P. y O. — — — — —	282
Crónica Universitaria— — — — —	290

NÚMERO XIII

El banquete al doctor Ramírez. — — — — —	294
Argón — — — — —	295
Programa de Literatura — — — — —	297
Cuadros y paisajes, por « Hip » — — — — —	304
La reforma religiosa, por J. P. y O. — — — — —	305
Crónica Universitaria — — — — —	315

NÚMERO XIV

El nuevo local de la Universidad, por Alberto Guaní— — — — —	317
Crónica Parisiën, por Antonio Ambroa — — — — —	320

	Página
La Reforma Religiosa, por J. P. y O. — — — — —	324
Las narices de Paquito, por Alfredo Varzi — — — — —	332
Crónica Universitaria — — — — —	340
Índice del tomo 4.º — — — — —	341